

Conquistadores, utopía y libros de caballería

FERNANDO CARMONA FERNÁNDEZ

1. FICCIÓN NARRATIVA Y REALIDAD HISTÓRICA

La gesta del descubrimiento de América ha suscitado la sensación de asistir a las hazañas de cantares de gesta o a las aventuras de un caballero artúrico, antes que a una sucesión de hechos realmente acaecidos. No ha dejado de sorprender a los historiadores la desproporción entre la hazaña y los medios humanos y materiales para llevarla a cabo. Los conquistadores, por su parte, parecen imitar las gestas caballerescas que conocían; las lecturas de sus años mozos llevaron a acometer empresas extraordinarias a uno de los más famosos capitanes de Carlos V, Fernando de Avalos, marqués de Pescara¹. Pero soldados más humildes e iletrados también se contagiaron de esa mística heroica².

¹ I. A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, 1979, p. 41.

² Leonard recoge la siguiente anécdota de un libro portugués de principios del siglo XVII: «En la milicia de la India, teniendo un capitán portugués cercada una ciudad de enemigos, ciertos soldados camaradas que albergaban juntos, traían entre las armas un libro de caballerías con que pasaran el tiempo: uno dellos, que sabía menos que los demás, de aquella lectura, tenía todo lo que oía leer por verdadero (que hay algunos inocentes que les parece que no puede aver mentiras impresas). Los otros, ayudando a su simpleza, le decían que así era; llegó la ocasión del asalto, en que el buen soldado, invidioso y animado de lo que oía leer, se encendió en desseo de mostrar su valor y hacer una cavallería de que quedasse memoria, y así se metió entre los enemigos con tanta furia, y los comenzó a herir tan reciamente con la espada, que en poco espacio se empeñó de tal suerte, que con mucho trabajo y peligro de los compañeros, y de otros muchos soldados, le ampararon la vida, recogióndolo con mucha honra y no pocas heridas; y reprehendiéndole los amigos aquella temeridad, res-

La difusión de libros de caballerías entre la tropa se facilitaba por la aparición de la imprenta y el mantenimiento de una *edición oral*, realizada en la lectura pública, propia de la Edad Media. El Descubrimiento y la Conquista fueron simultáneos al *boom* de los libros de caballerías españoles³.

La distinción entre historia y ficción narrativa era difícil en el siglo XV; un siglo «lleno de verdaderos e históricos caballeros andantes»⁴. No es extraño que se conserve la tradición medieval de identificar la narrativa de ficción con la crónica. Ya en el *Cantar de Roldán*, cuando nuestro héroe queda solo agonizando en el campo de batalla, el autor anónimo hace asistir a San Gilles como testigo que da fe de lo narrado⁵. Crónicas que en realidad son novelas históricas, como la *Crónica de don Rodrigo con la destrucción de España* de 1511, aparecen con los primeros libros de caballerías y para satisfacer a un mismo público y gusto literario. Muchas novelas caballerescas incluyen la palabra «crónica» o «historia». No faltan los relatos consagrados al Cid, Oliveros o Carlomagno y sus pares considerados como *históricos* y las novelas de caballerías más fantásticas remitirán a antiguos manuscritos de testigos presenciales que dan fe de la veracidad de los hechos narrados. Esta ilusión de realidad levantará las protestas de los moralistas y la ironía de Cervantes cuando nos remite a Cide Hamete Benengeli. Pero tendrá lugar casi un siglo después de la Conquista, cuan-

pondió: «Ea, dexadme, que no hice la mitad de lo que cada noche lecis de cualquier caballero de vuestro libro.» Y él dallí adelante fue muy valeroso» (o. c., pp. 41-42). El ventero de la famosa novela de Cervantes evoca el placer con que los segadores rodean al que, sabiendo leer, inicia la lectura de uno de los libros de caballería: «y estamos escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas; a lo menos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noche y días» (Primera Parte, cap. 32).

³ *Tirant lo Blanc*, 1490; *El Caballero Cifar*, 1512; *Amadís de Gaula*, 1508. En la primera mitad del siglo se publican más de cincuenta títulos de voluminosos libros de caballerías, frente a sólo nueve en las décadas restantes. De 157 ediciones entre 1508 y 1650, dieciocho son del *Amadís*. Los devotos y adictos a estas lecturas se encontraban en todas las capas y en los más variados grupos sociales. La reina Isabel, Carlos V, Diego Hurtado de Mendoza, Juan de Valdés, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, el Inca Garcilaso, etc. La santa, aficionada desde la infancia a estas lecturas, llegó a componer un libro de caballería con su hermano Rodrigo, según su biógrafo del siglo XVI; los mismos moralistas que critican el éxito de estas lecturas muestran a veces un conocimiento tan minucioso de ellas que resulta sospechoso.

⁴ M. de Riquer, *Caballeros andantes españoles*, Madrid, 1967, p. 13. El autor muestra la ósmosis entre realidad y ficción que tiene lugar en este período histórico. «Lo que en realidad ocurre es que la novela caballerescas (...) refleja una auténtica realidad social sin desfigurarla ni exagerarla, y que las crónicas particulares del siglo XV narran los hechos históricos que llevaron a término caballeros que luego fueron modelos vivos para novelistas. Pero estos caballeros reales e históricos estaban, a su vez, intoxicados de literatura y actuaban de acuerdo con lo que habían leído en los libros de caballerías». Id. p. 12.

⁵ *Chanson de Roland*, edic. M. de Riquer, Barcelona, 1983, vv. 2095-2098, p. 220.

do la identificación de realidad y ficción había pasado su momento de mayor auge.

2. EL CONQUISTADOR Y EL CABALLERO MEDIEVAL: IDEOLOGÍA Y CONDUCTA

Junto a una mimesis recíproca de palabras, gestos y hazañas, entre ficción narrativa y realidad, no es menos importante la comunión de valores: es decir, la ideología común⁶. Los valores ideológicos de la nobleza medieval, que tienen su expresión en el *roman courtois*, se mantienen, a la vez que se modifican, en los libros de caballerías españoles de finales de la Edad Media.

El caballero artúrico fundamentaba su *aventura* en una doble y simultánea dirección: por una parte, con sus triunfos extendía la *pax artúrica*, sometiendo nuevos territorios y súbditos a aquella monarquía; por otra parte, y en esto se diferenciaba del guerrero del cantar de gesta, su esfuerzo y sus victorias le permitían su afirmación social y también amorosa; su protagonismo era inseparable del orden social y los valores de la nobleza.

El conquistador tiene un modelo ideal, caballeresco y medieval; la primera generación de conquistadores se ha forjado vitalmente en la experiencia histórica de la Reconquista española y en las recientes guerras de Granada. Es la misma generación que ha vivido la toma de esta ciudad, la que finaliza la cruzada península, y la que inicia la Conquista⁷. El conquistador, a semejanza del caballero artúrico y del cruzado, extiende una *pax universal*, y lleva a cabo una función *evangelizadora*. El conquistador «al servicio de Dios y de su majestad» está sometido a una monarquía doble y única a la vez; es decir, a una monarquía terrenal ligada a la idea de otra universal y espiritual. En las primeras décadas del siglo XVI se generaliza la expresión «Monarquía católica» o «Monarquía universal española» que Tomás Campanella designará como la «Monarquía di Spagna» universal que, procedente de oriente y pasando a los grie-

⁶ M. de Riquer no deja de apuntar este aspecto: «la lectura de estos libros no tan sólo exalta la fantasía y puede llevar a un irreal mundo de ensueño y exotismo, sino que mantiene vivo los principios de honor, valentía, fidelidad, sin los cuales, por lo menos nominalmente, el concepto mismo de caballería se resquebrajaría en sus fundamentos». *Caballeros andantes...*, p. 168.

⁷ La conquista no la llevan a cabo jóvenes guerreros sino colonos-soldados de edad madura. La mayoría oscila entre los treinta y cuarenta y cinco años. No faltan los que empiezan esta empresa con más edad: Francisco Pizarro con cincuenta y cinco años, Sebastián de Belalcázar, también con más de cincuenta, y Pedrarias Dávila, con sesenta y cinco. Cf. Francisco de Solano en «Conquistadores; número edad, procedencia» en *Proceso histórico al conquistador*. Madrid, 1988, pp. 19-26.

gos y a los romanos, llega, por último, a los españoles⁸. De forma similar, Chrétien de Troyes, en las últimas décadas del siglo XII, señaló el origen griego y romano de la caballería franca y occidental⁹.

Teniendo conciencia el conquistador de ser continuador de aquellos caballeros, no faltarán reconocimientos explícitos en las crónicas. Cuando Cortés divisa las costas de San Juan de Ulúa, uno de los caballeros que le acompaña citando un romance (*Cata Francia, Montesinos/Cata París la ciudad,...*) le insta a contemplar la riqueza de aquellas tierras y disponerse a gobernarlas bien, el coquistador de Méjico le responde: «Dénos Dios ventura en armas como al paladín Roldán; que en lo demás, teniendo a vuestra merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender»¹⁰. Este espíritu caballeresco lo querrá extender el padre Las Casas a sus colonos, lo que será ironizado por Fernández de Oviedo¹¹. Pero todos, guerreros conquistadores o simples colonizadores, responden a un mismo ideal. Como los caballeros artúricos, desempeñan una doble función, una social —extender un nuevo orden: el de la monarquía católica española—, y otra individual —por su esfuerzo integrarse favorablemente en la jerarquía política de lo conquistado y, obviamente, en una sociedad inicialmente capitalista, el enriquecimiento personal, obteniendo el mayor beneficio. El conquistador no sólo pretende imitar al caballero sino que se identifica con él, hereda su misma función, es su reflejo en la realidad histórica. En este sentido hay que entender el *boom* de libros de caballería en el período de la conquista y los que acompañan a los conquistadores. De la misma manera que el caballero en su viaje ensancha el cosmos y el orden artúrico, el conquistador ocupando los nuevos territorios lleva a cabo el ideal de monarquía universal católica. De aquí que junto al clérigo que coloca la cruz, no falta el funcionario que levanta acta de la nueva posesión de la Corona. El cronista y conquistador Díaz del Castillo, en las últimas páginas de su crónica, recuerda que de los quinientos que partieron con Cortés de Cuba sólo quedan cinco, muriendo los más

⁸ F. Tomás y Valiente, «Las ideas políticas del conquistador Hernán Cortés» en *Proceso histórico al conquistador*, o. c., p. 175. Sobre los conceptos de *translatio imperii*, *translatio ecclesiae*, cf. J. Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento: I. Colón y su tiempo*, Madrid, 1992, pp. 237-245.

⁹ *Ce nos ont nostre livre apris, / Que Grece ot de chevalerie, / Le premier los et de clergie. / Pus vint chevalerie a Rome / et de la clergie la somc, / Qui or est an France venue.* Cligès, edic. A. Micha, París, 1957, vv. 29-34.

¹⁰ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edic. C. Sáenz de Santa María y L. Sáinz de Medrano, Barcelona, 1992, cap. XXXVI, p. 101.

¹¹ No sin humor, Fernández de Oviedo señala cómo Las Casas quería hacer a sus labradores «nobles y caballeros de espuelas doradas» y éstos no dejaban de estar «muy llenos de esperanza de la caballería nueva que les avía prometido». Cit. por E. Pupo-Walker, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*, Madrid, 1982, pp. 64-66.

cruelmente en la conquista y siendo víctimas de los indios «por servir a Dios y a su majestad y dar luz a los que estaban en tinieblas: y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar» (cap. CCX).

Para el hombre medieval, que vive una especie de neoplatonismo, el arquetipo ideal preexiste y su esfuerzo consiste en hacerlo realidad. En este sentido los héroes literarios se convierten en modelos. Así, Hernán Cortés se identifica con el Cid y sus panegiristas de los siglos XVI y XVII lo identifican con los héroes de la antigüedad¹². Los primeros cantares de gesta —Cantares de Roldán o de Guillermo, por ejemplo— tienen como objetivo fundamental la exaltación mística de la muerte del cruzado. Ante las dificultades y el temor a morir de sus compañeros cuando se dirigen a Méjico, Hernán Cortés apelará a esta mística de Cruzada: «Y Cortés les respondió medio enojado que valía más morir por buenos, como dicen los cantares» (cap. LXIX). La presencia de Santiago en los momentos difíciles, a pesar del escepticismo de Díaz del Castillo, garantiza esta mística de cruzada.

Sin embargo, el tipo humano y el modelo de comportamiento del conquistador se ajusta, sobre todo, a las características del personaje contemporáneo de los libros de caballería, así el *ardimiento*, cualidad que combina valor y audacia con astucia e ingenio, caracteriza por igual a Tirante el Blanco que a Hernán Cortés o Pizarro.

Ingenio, astucia y engaño caracterizan al héroe protagonista de la novela de Martorell. El comportamiento de nuestro héroe viene anticipado por el de su padre Guillem de Varoic: disfrazado de sarraceno, se introduce e incendia el campo enemigo con unas granadas hechas por él (cap. 12); disfrazando también a mujeres y doncellas con armaduras, hace creer a los emisarios moros que se tienen que enfrentar a un ejército mucho más numeroso (cap. 14); y llevará al ejército enemigo a un terreno preparado con abrojos o espinacas (caps. 23-25). «En las guerras más vale ardid que fuerza» sentenciará este rey ermitaño¹³.

Las aventuras de su hijo, Tirant, serán una sucesión de *ardides*: gracias a uno de ellos, se abrirá paso con su embarcación entre una multitud de naves enemigas que tienen cercada la isla de Rodas (cap. 100); y con otras estrategias y argucias logrará que se levante el cerco (caps. 105-106). En el Imperio griego, con hábiles maniobras vencerá al numeroso ejército enemigo dividiéndolo o desordenándolo (caps. 141 y 157); con luces simularán una gran escuadra, provocando la huida y derrota de la enemiga (cap. 164)). En África segui-

¹² Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edic. cit. Introducc., de L. Sáinz de Medrano, pp. XLVI-XLVII.

¹³ *Tirante el Blanco*, edic. M. de Riquer, Madrid, 1974, vol. I, p. 73.

rá obteniendo victorias similares: disfrazado de pastor inutilizará la artillería enemiga (cap. 304); con otra estratagema tomará la ciudad y hará prisionero al rey enemigo (cap. 315). No le faltarán ingeniosos recursos, según la circunstancia: se colocan bacinas de latón para descubrir minas (cap. 339); con una estampida de bueyes arrasará el campamento enemigo (cap. 340); vuelve a movilizar mujeres, ancianos y niños para aparentar que se han recibido refuerzos (cap. 343); o se conquista la ciudad excavando una mina (cap. 394).

No extrañará que el Maestre de Rodas caracterice a Tirant así: «ell és liberal, ardit e saví, ginyós més que tot altre»¹⁴. El mismo Tirant nos dirá que «la virtut ne el poder no està en riqueses, mas en animo virtuós e ginyós»¹⁵. Las palabras de un personaje vienen a compendiar el modelo de comportamiento de nuestro héroe: «e si est astuciós en la guerra bastes a ésser senyor del món»¹⁶. En todos los combates se encontrará con inferioridad de fuerzas, pero la victoria vendrá dada por la superioridad de su astucia. Su triunfo no es debido a la ayuda sobrenatural y divina que asistía al guerrero del cantar de gesta, ni a la fuerza de los altos ideales que movían al caballero artúrico. Tirant es el aventurero que se labra su propia fortuna; seduce más por sus peripecias mismas, por la forma de obtener sus éxitos, que por los valores que representa y su importancia para la colectividad¹⁷.

La misma combinación de audacia, ingenio y engaño caracteriza la personalidad de Hernán Cortés. Díaz del Castillo no deja de referirnos tretas y argucias del conquistador para superar las dificultades frente a los indios o rivales españoles, encontrándose siempre, como Tirante, en inferioridad numérica y de recursos. Así, Cortés, con el ruido de una lombarda y el aparatoso encabritamiento de un caballo, separado prematuramente de su yegua, logra intimidar y someter a unos caciques principales (cap. XXXV). Más adelante utilizando a un escopetero con convenidos disparos convence a los indios que es un dios (cap. XLIX). Disfrazando a sus hombres con los primeros desembarcados intentará con esta treta apoderarse de un navío (cap. LX). Logra espiar a los de Narváez haciendo creer que dos soldados suyos eran indios (cap. CXV). Utilizando su ingenio y capacidad de seducción dará un golpe de mano consiguiendo hacer prisionero a Narváez, vencer una tropa cuatro veces superior a la suya y convertirlos en soldados suyos (caps. CXVI—CXXIII). La destruc-

¹⁴ *Tirant lo Blanc*. I, edic. de M. de Riquer, Barcelona, 1970, p. 339; «El es liberal, ardid, sabido, discreto, ingenioso más que ningún otro», traduce la versión castellana, o. c., vl. I, p. 58.

¹⁵ O. c., p. 571.

¹⁶ Id., vl. II, p. 281.

¹⁷ Cf. F. Carmona, *Narrativa románica a finales de la Edad Media. Historia y tradición*. Murcia, 1982, pp. 163-182.

ción de las naves con que inicia y hace inevitable la conquista, así como la prisión de Moctezuma con que consigue el sometimiento de México, sólo es posible con la combinación de audacia e ingenio de nuestro conquistador. De «sagaz y mañoso» lo caracteriza Díaz del Castillo (cap. CXIX). Cortés no dejará de amonestar a los suyos, antes del decisivo ataque a Narváez, diciéndoles que «en las guerras y batallas han menester más prudencia y saber, para bien vencer los contrarios, que con osadía» (cap. CXXII)¹⁸.

En boca del conquistador parece resonar el debate al que están consagrados los capítulos 180-186 y 328 del *Tirant lo Blanc* sobre la primacía entre *Ardiment* y *Saviesa*¹⁹. La grandeza del Tirante, y la del conquistador, está en saber armonizar en su personalidad ambos elementos. Tanto uno como otro se distancian del marco ideal de la novela cortés afirmando de manera semejante la propia individualidad. Si *ardiment/saviesa* nos remite al tópico *fortitudo/sapientia*, representado en el famoso cantar de gesta en Roldán/Oliveros; en Tirant y Cortés, aparece una *sabiduría* que, sin dejar de estar en función de un orden ideal de valores, se individualiza en astucia, en ingenio y engaño para conseguir los propios fines. Héroe más renacentista que medieval, Tirant y Cortés son aventureros labrando su propia fortuna.

Bernal critica la parcialidad de Gómara que da un protagonismo exclusivo en los combates a Cortés, ensombreciendo la importancia de los «esforzados y valerosos capitanes y esforzados soldados como tenía» (cap. CXXIX). No deja de señalar que el relato de Gómara, hecho para «sublimar a Cortés y abatir a nosotros», sólo se explica por oro y dádivas que tuvo que recibir a cambio. Desde este momento, se inicia un proceso desmitificador de la figura de Cortés²⁰.

Los mejicanos empiezan a llevar la iniciativa en la utilización de ardides y estratagemas: están a punto de anegar a los españoles y aliados, confiados en su victoria (cap. CXXXVIII). Más adelante, tienen que retirarse, no sin dificultad, de una calzada convertida en una trampa por los mejicanos; sin dejar

¹⁸ En el cap. CCIV, Bernal consagrará unas páginas a la «proporción y condición» de Cortés; junto a su carácter «travieso sobre mujeres» que le llevó a batirse en duelos y conservar la señal de una cuchillada en su labio inferior, y su afición a juegos de dados y naipes; el autor de la crónica destaca su devoción, su talante limosnero, y sobre todo su carácter de «esforzado capitán» que sabe emplear «atrevimiento y osadía» con «mañas y ardides de guerra».

¹⁹ La sentencia final del emperador dirá lo siguiente: «així és saviesa que senyoreja totes les virtuts, e resplandeix por tot lo món, perquè és dit gran senyor. Emperò, necessitat és gran a l'home que tinga ardiment, e si no en té no deu ésser res estimat, e per ço ardiment deu ésser agradauat après de saviesa». O. c., vol. II, p. 13.

²⁰ No olvidemos el interés de Bernal en dar protagonismo a la tropa que acompaña a Cortés para exponer sus propios méritos, como soldado, y reivindicar una remuneración adecuada; fin último y final de su relato.

de señalar el cronista «el gran atrevimiento y mala consideración» de Cortés por haber entrado en la calzada (cap. CXLI). En la segunda mitad de la crónica, las victorias en los combates se hacen más costosas; se incrementa el número de soldados heridos en las escaramuzas y las retiradas a posiciones anteriores. Un viento repentino, que mueve los bergantines españoles y permite embestir la flota de canoas mejicanas, da una victoria inesperada a Cortés (cap. CL). Los mejicanos pasan a una lucha activa basando su estrategia en la utilización de defensas que protegen sus embarcaciones, encerrando a los españoles en las calzadas en donde les era difícil combatir y llevándolos al agotamiento, al obligarles a luchar sin descanso con oleadas sucesivas de atacantes. Los indios saben llevar a cabo un *ardid* para apoderarse de un bergantín y tender tales trampas a los que avanzan por tierra que están a punto de perecer todos los españoles; el mismo Bernal cae prisionero unos instantes, cuando, por el esfuerzo y las heridas recibidas, sufre un desvanecimiento (cap. CLI). En el capítulo siguiente, la situación se hace aún más crítica: sesenta y seis soldados caen prisioneros, y Cortés es salvado en el último momento; los indios no dejan de desalentar a los españoles proclamando las muertes de sus jefes y, para hacerles caer en este engaño, arrojándoles las cabezas de algunos prisioneros. El patetismo se incrementa, cuando la retirada de los españoles y sus aliados va acompañada del horrible estruendo que forman todo tipo de instrumentos con que los mejicanos tocan desde sus templos, mientras sacrifican a los españoles apresados. Cortés desmaya y llora creyendo que Alvarado y sus mejores capitanes han sido también sacrificados; y no faltan reproches a Cortés por la temeridad de su avance que ha ocasionado tal derrota. Los españoles no dejarán de ser acosados, mientras a su vista en las alturas del templo son sacrificados a los dioses sus compañeros:

Y vimos que llevaban por fuerza las gradas arriba a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar; (...) luego los ponían de espaldas encima de unas piedras que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían a sus ídolos que allí presentes tenían, y a los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo; y estaban aguardando otros indios carniceros, que les cortaban brazos y pies, y las caras desollaban y las adobaban como cueros de guantes, y, con sus barbas, las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chilmore, y desta manera sacrificaron a todos los demás, y les comieron piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos, (...)»²¹.

La descripción de los sacrificios humanos, hecha a través de los ojos de los españoles que están a punto de ser derrotados, con el dolor de ver la muerte

²¹ Edic. cit., p. 547.

de los compañeros y el terror de lo que les va a suceder también a ellos si caen prisioneros, difícilmente puede conseguir mayor patetismo en la narración.

Los mejicanos no dejarán de insultar e intimidar a los españoles que, acorralados, heridos los más, incluso Cortés, y habiendo empezado a ser abandonados por los indios aliados, poco podían hacer. Curiosamente, los consejos que da un indio aliado a Cortés levantan el ánimo de los españoles y señalan la estrategia más eficaz para el asedio de la ciudad (cap. CLIII).

El protagonismo de Cortés, y el rasgo caracterizador que lo hermana con Tirant, es decir, el ardid, va quedando en segundo lugar. Gonzalo de Sandoval pasa a representarlo y llevarlo a la práctica (cap. CLXII) y Pedro de Alvarado a continuación (cap. CLXIV). Por una parte, las expediciones con éxito las llevan a cabo los capitanes de Cortés, mientras que las realizadas por éste, encallan en múltiples dificultades y penas. La imprevisión de Cortés lleva a un comportamiento degradante de los españoles, a causa del hambre, y del que no se libra el mismo capitán (cap. CLXXVI). Cortés, temiendo, a causa de las penalidades de la expedición, la insubordinación de sus aliados mejicanos, manda ahorcar «muy injustamente» —en expresión de Bernal— a sus jefes. La mala conciencia por la injusticia cometida y las penalidades y el hambre que diezman la tropa, lo mantienen en vigilia; al intentar pasarse para tranquilizarse, sufre una caída descalabrándose la cabeza (CLXXVII). A esta expedición no le seguirán faltando penalidades: cuando desaparece el sol que ocasiona fuertes calenturas a nuestro cronista, es para dar paso a unas lluvias torrenciales que duran varios días; a pesar de ellas, los españoles no pueden detener su marcha ya que tienen que encontrar provisiones para sobrevivir; el avance se ve aún más dificultado por un terreno de piedras afiladas en las que los caballos quedan heridos y muertos. Cuando se acercan a un poblado en el que esperan obtener algún alimento, las lluvias les obligan a pasar tres días haciendo un puente para poder acceder, con lo que «los indios naturales del pueblo tuvieron lugar de esconder el maíz y todo el bastimento». Cuando finalmente encuentran comida en abundancia «como estaban de antes en tanta necesidad y debilitados, y se hartaron de la carne salada, dio a muchos dellos cámaras de que murieron catorce» (caps. CLXXIII— CLXXX). Tras pasar tantas penalidades y recibir malas noticias de la Habana, Cortés «tomó tanta tristeza, que luego comenzó al parecer a sollozar en su aposento»; tras dar a conocer la carta, leyéndola públicamente, se vuelve a retirar a llorar, cayendo en tanta tristeza que tiene que ser reanimado por sus soldados (cap. CLXXXV). El grupo de soldados que se ha quedado al mando de Sandoval, acaba por desobedecer las órdenes de Cortés ya que «harto conquistados y perdidos» los traía (cap. CLXXXVII).

A una primera parte en la que predomina el protagonismo de Cortés, su-

cede una segunda desmitificadora de su personalidad, y en la que las penalidades y miserias de aquellas expediciones pasan a primer plano. Hacia el final de su relación no dejará de hablarnos de lo que llama «desastres de capitanes» contándonos las desventuras y muertes de los capitanes Barrios, Figueroa y Sandoval (caps. CXCIV-CXCV).

Se puede pensar que Bernal orienta la última parte de su crónica a poner de relieve los esfuerzos y penalidades de la tropa que acompañaba a Cortés, que es la forma de agrandar los méritos del cronista como integrante de aquella, finalidad última de su relato²²; sin embargo, en la crónica subyace una duplicidad de elementos autobiográficos. Bernal la escribe al final de su vida siendo ya sexagenario; reproduciendo las ilusiones y fantasías del joven conquistador, mezcladas con los desengaños del anciano superviviente. Es la doble vivencia de los descubridores: entusiasmo y desengaño. En las primeras décadas del siglo, coincidiendo con el *boom* señalado de los libros de caballerías, tiene lugar la primera; conforme finaliza el siglo, la decepción y el desencanto disminuye aquellas lecturas y prepara el estado de ánimo que origina la famosa novela de Cervantes.

3. EL ESPACIO UTÓPICO DE LAS AMAZONAS Y EL DORADO

En el trascurso del siglo ha tenido lugar un profundo cambio. La concepción medieval del mundo que rebrotaba con esplendor en las primeras décadas entra en su crisis definitiva en las últimas. El Descubrimiento proporcionó el espacio que necesitaba la mentalidad medieval. El hombre medieval, impregnado de una visión neoplatónica, tiene un sentido distinto de lo que nosotros entendemos por fantasía; toda idea parece reclamar su existencia, como manifiesta el largo debate medieval sobre el problema de los universales. De la misma manera que un caballero artúrico, cruzando el vado de un río o introduciéndose en un bosque, puede encontrar un espacio maravilloso poblado de hadas, enanos, magos o gigantes, la cartografía de la época medieval bordea el espacio conocido de otro, poblado por seres fantásticos. Los viajeros y nave-

²² Bernal no dejará de hacer una detallada numeración de sus méritos (cap. CCXII) sin dejar de insistir en la desproporción entre sus hazañas y la remuneración recibida. Anteriormente (cap. CCX), lo había resumido así: «En ningunas escrituras en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado, como nosotros los verdaderos conquistadores, (...); y digo otra vez que yo, yo, yo lo digo tantas veces, que yo soy el más antiguo y he servido como muy buen soldado a su majestad y dígoles con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo, una hija por casar, y los hijos varones ya grandes y con barbas, y otros por criar (...)».

gantes traen noticias de islas misteriosas habitadas por hidras, gorgonas, amazonas, sirenas o calibanes.

El Descubrimiento tuvo un primer efecto inmediato: ofrecer, de pronto, un nuevo espacio, un nuevo horizonte de lo mágico y extraordinario de la narrativa medieval, para una generación que, curtida en la última fase de la Reconquista española, se había forjado en los valores caballerescos y de las cruzadas medievales.

El nuevo mundo descubierto es, ante todo, un espacio que permite el nacimiento de un nuevo tipo de caballero: el conquistador; pero también, en su dilatado horizonte, se puede encontrar lo mítico y fabuloso que poblaba los elementos de ficción. La realidad mítica encontraba, por fin, su espacio.

Se ha señalado que «América, antes de ser una realidad, fue una prefiguración fabulosa de la cultura europea»²³. Se ofrecía al hombre de finales del medievo el espacio en donde tenía que encontrarse los lugares de los que hablan los libros sagrados y la patrística. Era algo conocido y por descubrir a la vez; lo fabuloso, que inevitablemente tenía que existir, encontraba su realidad²⁴. América fue inmediatamente poblada de leyendas y utopías que había que descubrir.

El espacio más importante a recuperar es el Paraíso Terrenal en cuyos confines se encuentra el país de las Amazonas y el Dorado. Espoleados por alcanzar estos descubrimientos nuestros conquistadores, en muy poco tiempo, exploraron el continente descubierto. Cristóbal Colón y Américo Vesputio afirmaron encontrarse en sus cercanías. Colón, en su tercer viaje de 1498, conforme se acercaba al Orinoco, según los cálculos que iba haciendo, cree que va subiendo y, por tanto, acercándose al Paraíso que tenía que situarse en el punto más alto de la tierra, pues no se había visto afectado por el diluvio. Lo vio confirmado por la impetuosidad con que desembocaban los cuatro ríos en que se dividía el Orinoco, del mismo número que los del Edén, y por la presencia de los indígenas desnudos y amables y adornados con oro y piedras preciosas. Creyendo encontrarse al pie de la montaña sagrada se retiró del lugar atemorizado.

El país de las Amazonas se ubicaba entre el Dorado y el Paraíso. El afán

²³ E. Pupo-Walker, o.c., p. 38.

²⁴ «América se representaba, en la mente de muchos europeos, como un vasto espacio imaginario, verificado y a la vez incógnito; fue una realidad observada, al mismo tiempo, con rigor excepcional, pero también con espanto y fascinación. Unos vieron lo que había en aquellas tierras, y otros contemplarían libremente lo que deseaban encontrar. Pero, por encima de las noticias y de las transposiciones legendarias, América se vio, cada vez más, como la realización de un gran sueño que durante siglos había acariciado la cultura occidental». Id., pp. 47-48.

por descubrirlas está presente en las instrucciones de los jefes militares y en los contratos de los conquistadores con los financiadores de los viajes y en crónicas y documentos que se extienden hasta el siglo XVIII. Ya las divisó en su primer viaje Colón y no faltaron en los escritos de Pedro Mártir, Oviedo y Herrera; Carvajal narra su belicosa presencia en el río que había de tomar el nombre de ellas en vez del nombre de su descubridor, Orellana. Pigafetta también las descubre en la travesía de Magallanes.

Las Amazonas habían desarrollado en los años precedentes una importante presencia literaria, sobre todo por uno de los libros más leídos de los conquistadores, el *Amadís de Gaula*; en la continuación de Garci Rodríguez de Montalvo, las *Sergas de Esplandián*, se intercala un largo episodio sobre estas especiales mujeres. A la llamada del rey de Persia, que quiere arrebatar Constantinopla a los cristianos, acude la reina de las Amazonas, Calafia, que gobierna en las islas de California. Los capítulos 157 a 178 están consagrados a sus combates y éxitos sobre los caballeros cristianos. Será finalmente vencida por la habilidad de Amadís y seducida por el joven Esplandián; enamorada, abraza el cristianismo; y, así, el temible enemigo se convierte en el decisivo aliado que permite la salvación de Constantinopla.

Se ha sugerido que Montalvo desarrolló este episodio al llegarle la noticia del descubrimiento de estas mujeres por parte de Colón²⁵. En todo caso, es evidente la interrelación entre la leyenda literaria y el Descubrimiento. Los conquistadores buscarán a las Amazonas del reino de California tal como aparecen en la novela de Montalvo, que dice así:

Sabed que a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada California, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fue poblada de mugeres negras, sin que algún varón entre ellas hubiese, que casi como las amazonas era su estilo de vivir. Estas eran de valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones y de grandes fuerzas; la insula en sí la más fuerte de riscos y bravas peñas que en el mundo se hallaba; las sus armas eran todas de oro, y también las guardaciones de las bestias fieras, en que, después de haber amansado, cabalgaban: que en toda la isla no había otro metal alguno (cap. 157).

Podemos observar que, por primera vez, aparecen localizadas en las Indias, recién descubiertas, y, dentro de la concepción geográfica de Colón, podían acceder fácilmente a Constantinopla; en segundo lugar, da el nombre de *California* a su isla; y, por último, la afirmación de que el único metal que utilizan por no haber otro en su isla es el oro, identifica este lugar con el del Dorado y cuyo descubrimiento garantizaría una fabulosa fortuna. Estas belicosas damas volverán a aparecer en las novelas consagradas a los descendientes de Ama-

²⁵ I. A. Leonard, o. c., p. 54.

dís, como en la titulada *Lisuarte de Grecia*, en la que la reina Calafia aparece ya aliada de los cristianos.

Las reimpresiones del *Amadís* (Toledo, 1521; Salamanca, 1525; Toledo y Sevilla, 1526) se suceden en las mismas fechas en que tiene lugar la conquista de México; Cortés no dejaba de enviar expediciones en búsqueda de las Amazonas, ni de informar a Carlos V de los rumores de su existencia.

Sí, en la redacción del episodio de *Las Sergas de Esplandián* —prolongación del *Amadís* de Rodríguez de Montalvo—, pudo influir la noticia de Colón; en la expedición de Hernán Cortés, es el *Amadís* el texto que sirve de referencia para explicar el sorprendente mundo que van descubriendo. Así, al divisar la capital azteca: «nos quedamos admirados —escribe Díaz del Castillo—, y decíamos que parecía a las cosas y encantamiento que cuentan en el libro de *Amadís*»²⁶.

En las primeras expediciones a Yucatán se descubren unas torres acabadas en punta que identifican pertenecientes a las Amazonas. En el convenio de Velázquez con Hernán Cortés, se destaca el interés del descubrimiento del país de estas mujeres; y, en su cuarta carta al emperador, le da noticia de lo cerca que había llegado —a sólo diez jornadas— una de sus expediciones que había partido en busca de las Amazonas. Envió una segunda expedición al frente de su pariente Francisco Cortés, animado por las noticias de la anterior y queriendo confirmarlas, sobre todo para saber si ese pueblo de mujeres «tienen —nos dice— en la generación aquella manera que en las istorias antiguas describen que tenían las amazonas»²⁷. No deja de ser significativo este intento de confirmar «istorias antiguas». Una tercera expedición de Nuño Guzmán, de entre los acompañantes de Cortés, intentó descubrirlas. Más tarde en 1542, cuando su fama literaria estaba bien extendida, Juan Rodríguez Cabrillo hizo un viaje por la costa del Pacífico, dándole el nombre de «California»²⁸.

El testimonio, por fin, de su existencia en el río que tomó su nombre lo da el cronista Gaspar de Carvajal que formaba parte de la expedición de Francis-

²⁶ Edic. cit. de L. Sáinz de Medrano, p. 248.

²⁷ Cit. por I. A. Leonard, p. 63.

²⁸ «La expectación y casi certeza del descubrimiento del reino de las amazonas ocasionó un incidente en Valladolid en 1533 y que comenta epistolariamente el funcionario Martín de Salinas a un secretario de Carlos V. Le dice que se ha extendido la noticia y creída por letrados y «otras muchas personas calificadas» de que «habían aportado en los puertos de Santander y Laredo setenta naos gruesas y en ellas 10.000 amazonas, las cuales venían a llevar generación desta nuestra nación a fama de valientes hombres. Y el medio para ello era que cualquiera que saliese preñada daría al garañón quince ducados por su trabajo, y que aguardarían a parir: y si fuesen machos, los dexarían acá, y si hembras las llevarían consigo. Han sido estas nuevas causa de abaxar la carne, digo, el precio della en esta villa, con venir tanto número y tanta suma de hacienda y pagar tan bien el trabajo». I. A. Leonard, *íd.*, p. 70.

co Orellana, en 1541. Hernando de Ribera (1543) encabezó otra expedición en búsqueda de las mujeres guerreras; el alemán que le acompaña, Ulrich Schmidt, también relató las noticias que reciben de aquéllas. En el mismo año y al otro lado de los Andes, en Chile, Agustín de Zárate, que preparaba una crónica sobre la conquista del Perú, tiene noticia por los indios de una gran provincia poblada de Amazonas cuya reina se llama Gaboimilla que quiere decir «cielo de oro» por la cantidad de oro que se cría en su tierra. Walter Raleigh las saca del interior y las devuelve a unas islas a unas sesenta leguas de la desembocadura del Orinoco. No faltaron tampoco misioneros que dan testimonio de haber visto a tales mujeres, como el jesuita Gonçalo de Lema. Y no dejaron de señalar su origen: descendientes de las antiguas de Escitia, desplazadas a África y después a las orillas del río de su nombre. Tampoco faltaron clérigos empuñados en dar con ellas, como el primer obispo de la Asunción que llegó a predicar una especie de cruzada exploradora para encontrarlas y que no dejó de encabezar; pero víctima de una emboscada de los indios chiriguanes, su mitra, casulla, alba y demás ornamentos acabaron en manos de los salvajes que utilizaron inmediatamente para adorno propio y regocijo y risa de los mismos expedicionarios²⁹.

Leyendo tantos testimonios sobre las mujeres guerreras rodeadas de riquezas, se puede pensar en unos indios conocedores de las ficciones de los libros de caballerías o, más bien, dispuestos a dar testimonio de la existencia de lo que buscan en otro lugar, con tal de alejar todo lo posible a aquellos temibles conquistadores. I. A. Leonard lo ha resumido así:

Para los españoles, todos los informes que respondían a sus deseos y sus preconcebidas nociones eran dignos de creerse; así, con la imaginación inflamada por los libros de caballería, y convencidos por la aparente corroboración que los nativos daban a la existencia de los lugares encantados en el Nuevo Mundo, los rudos aventureros se insuflaban ánimos y se crecían hasta sentirse impulsados a sobrepasar los hechos estupendos de los caballeros andantes. Los sedentarios novelistas de España, Portugal y Francia no calcularon hasta qué extremo serían responsables de la conquista del Nuevo Mundo³⁰.

Al entusiasmo descubridor y conquistador de las primeras décadas del siglo, sucede, en la segunda mitad, el desengaño ante una realidad que traiciona aquellas ilusiones.

Podemos tomar la familia de los Quesadas como representativa de los avatares y vicisitudes vividos por tantos conquistadores. Gonzalo Jiménez de Quesada culminó sus expediciones y conquistas fundando la ciudad de Santa Fe. Al regresar a España dejó al frente de las tierras conquistadas a su hermano

²⁹ Cf. C. Bayle, o. c., pp. 239-241.

³⁰ O. c., p. 59.

Hernán Pérez. Éste, con la crédula certeza de la cercanía de las Amazonas y el Dorado organizó una expedición a la que respondió con entusiasmo gran parte de la población. No tardaron en aparecer las dificultades: un temporal mata a un buen número de indios y quedan tan mal parados que tienen que detenerse veinte días. Hay que atravesar espesuras en donde no penetra el sol, abriéndose paso a golpe de hacha; terrenos abruptos que obligan a hacer puentes; para vadear una ciénaga, necesitan veinticuatro días. Los víveres escasean y se pudren, y al hambre y al agotamiento se une las enfermedades: hinchazones, fiebres, disenterías. A diario entierros, cuando no mueren rezagados y solitarios. Por fin llegan a donde esperaban encontrar la frontera del Dorado. Pero, tras aquella cordillera, el mismo paisaje y mayores fatigas. Se plantean volver antes que seguir a ciegas. Pero detrás sólo han dejado un largo sendero de hambre ya que no ha quedado nada en las pocas chozas de indios que han encontrado. De los cinco mil indios, cargados de provisiones al partir la expedición, no queda casi ninguno. Faltan muchos españoles; los caballos han servido de alimento; el escribano, no pudiendo soportar el hambre, se ahorca. Cuando tienen la alegría de dar con un valle poblado, ésta dura poco: los indios no tardan en descuartizar y comerse a seis españoles que apenas se pudieron defender por lo desfallecidos que estaban.

En 1549, regresa su hermano de España, Gonzalo Jiménez, que tampoco deja de soñar en el Dorado, y en 1568 organiza una nueva expedición. Se suceden las montañas despobladas, las lluvias, el hambre, las enfermedades; cunde el desánimo y la desesperación, las deserciones, las revueltas y el ahorcamiento de los revoltosos. Gracias a algunos caseríos que descubren logran sobrevivir. Se echa el invierno y aumentan las penalidades, las muertes y las deserciones. Encuentran un poblado aparentemente abandonado y los indios atacan por sorpresa. Nuevas enfermedades. Un día amanece loco un soldado, por la noche ya eran cuatro y a la mañana siguiente cuarenta. Sanaron pronto de la locura; pero las más variadas enfermedades hacían mella en casi todos: unos ciegos, otros sordos, algunos cubiertos de úlceras o verrugas o víctimas de la fiebre. Las bestias también morían entre violentas convulsiones. Al final del invierno, y tercero de expedición, sólo quedaba una maltrecha tropa de veinticinco de los trescientos españoles que la habían comenzado.

Lejos de escarmentar, intentó repetir en dos ocasiones la búsqueda del Dorado, ofendiéndose por los obstáculos administrativos que encontró; al capitán Antonio de Berrío, casado con una sobrina suya y su heredero, le había hecho jurar que continuaría su empresa. Berrío no tardó en proseguir la conquista del Dorado. En una expedición de 1584, los indios le dan noticia de Manoa que se encuentra al otro lado de la cordillera cercana. En 1591, organiza otra expedición de más envergadura y pasó un año entero perdido por el Orinoco

guerreando con los indios y finalmente se retiró creyendo que había estado cerca del Dorado.

Necesitando recursos, envía, en 1594, a España a su maestre de campo, Domingo de Vera; de gran inventiva y no menos labia, seduce con alagadoras descripciones de exóticos y fértiles paisajes, indios sumisos, dispuestos a entregar sus bienes y su oro y enseñar los lugares de donde lo obtienen. «La tierra es sana —afirma en su declaración al Consejo de Indias—, templada, apacible, fértil de los frutos de Indias, y sobre todo amenísima y que parece una perpetua floresta. Tiene mucha caza, mucha pesca, y, entre todas las que he visto, la más aparejada para recreación y deleites. Es muy rica de oro, y los naturales me querían mostrar el lugar de donde lo sacan; mas yo, por no mostrarme codicioso, no lo quise ver, diciendo que mi jornada no era buscar oro, sino hacer amistad con la gente de aquella tierra: sólo tome diez y siete piezas de oro labrado, que traje a S. M.»³¹.

Una especie de proclama, que imprime y difunde, encuentra una multitudinaria respuesta. El maestre de campo enviado para reclutar 300 soldados veteranos regresa con unas embarcaciones cargadas de dos mil personas: familias enteras, matrimonios cargados de niños. Al desembarcar, no encuentran ricas ciudades con acogedores nativos, sino unas cuantas casuchas de palo que no podían ni alojarlos ni alimentarlos: era la capital, San José. Se disponen unas flotillas de canoas para el traslado a Santo Tomé. A una de ellas la dispersó el temporal. Tres canoas se pegan a la orilla esperando que escampe, pero su cargamento de mujeres y niños fue fácil botín de los indios caribes que los sacrifican en una horrible carnicería para ser devorados por ellos y por los tiburones.

En Santo Tomé, un pobre villorrio de treinta o cuarenta vecinos, Berrío, que esperaba trescientos hombres, se encontró con familias enteras que tuvo que distribuir entre los míseros poblados indígenas de los alrededores. Por fin, parte la expedición; de nuevo penalidades, enfermedades, muertes y ataques de los indios. De 300 regresaron treinta, y buen número de ellos moribundos.

En Santo Tomé y la Trinidad, los desembarcados que no morían de enfermedades, desfallecían de hambre. Al amanecer, el mismo gobernador los despertaba a voces gritando: «¡Vamos a enterrar muertos!». El entusiasmo y las ilusiones de encontrar El Dorado se transforman en rencor y odio hacia Berrío, de manera que un grupo de mujeres estuvo a punto de acuchillarlo. Para completar el fracaso de esta expedición, las cinco embarcaciones traídas de España, en el siguiente viaje, desaparecieron en el mar. El cronista nos dice: «Fueron los fines que tuvo esta campanuda jornada del Dorado, y los mismos que

³¹ *Memorial del Descubrimiento del Dorado*, por el Maestre de Campo Domingo Ibarcoyena Vera; cit. por C. Bayle, o.c., pp. 275-276.

hemos dicho que tuvieron otras con el mismo título (...): y ojalá llegue el escarmiento y desengaño de éstas a tiempo que no sucedan adelante otras mayores desgracias a título del Dorado»³².

Lope de Aguirre, el enloquecido más famoso de la búsqueda del Dorado, descendiendo por el Amazonas, hacía escribir lo siguiente al rey de España:

*Avísote, Rey y señor, no proveas ni consientas que se haga ninguna armada para este río tan mal afortunado; por que en fe de christiano te juro, Rey y señor, que, si viniesen cien mill hombres, ninguno escape; porque las relaciones falsas, y no hay en el río otra cosa que desesperar (...)*³³.

En la mismas fechas que Lope de Aguirre nos habla de su «desesperar» (1561), Bernal Díaz del Castillo está escribiendo su *Historia verdadera*; la evocación del entusiasmo de las primeras décadas del descubrimiento difícilmente puede separarse del desengaño que vive nuestro cronista en la segunda mitad del siglo. El final del *Tirant* resulta, en este sentido, premonitorio: cuando Tirant, gracias a sus hazañas y victorias y a su matrimonio con la futura emperatriz, se ha hecho merecedor de la corona imperial, entonces muere, arrastrando al mismo desenlace a la enamorada princesa. El trono será ocupado por la vieja y lúbrica emperatriz e Hipólito, su joven amante; esta pareja de adúlteros ocupa inesperadamente el lugar de honor que correspondía a nuestros protagonistas, cuyos cuerpos, mientras tanto, viajan a la mítica Bretaña. Parece que Martorell quiere hacernos despertar, al final de su obra, de un sueño ideal; «la muerte de Tirant —escribí en otra ocasión— es la muerte del último eco nostálgico de la caballería ideal, y el regreso de los cuerpos a Bretaña es todo un símbolo de su reintegración a su mundo mítico, mientras que la presencia definitiva de Hipólito, casado con la vieja emperatriz, es la forma de hacernos despertar definitivamente del viejo sueño ideal»³⁴.

Cervantes hizo morir a su loco caballero volviéndolo a la cordura, es decir al desengaño de la imposibilidad de sus sueños. Alonso Quijano al final reconoce que no existe la geografía caballeresca, que no hay espacio para poder ser el caballero don Quijote o el feliz pastor Quijotiz. Los dos mitos de la literatura —el del caballero que triunfa y se enriquece con la expansión de una monarquía universal y cristiana y el de una arcadía pastoril y feliz— son imposibles. De la misma manera que la ficción caballeresca alimentó el espíritu de conquista, quizá al empezar el siglo XVII, el desengaño del Dorado y el país de

³² Sobre esta expedición cf. el cap. IX *La familia de los Quesadas*, del libro cit. de C. Bayle, pp. 244-287, del que tomo estos datos.

³³ F. Vázquez, *El Dorado: Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre*, Madrid, 1987, pp. 142-143.

³⁴ F. Carmona, o. c., p. 182.

las Amazonas hace posible la ficción cervantina. La literatura contribuyó a la exaltación y mística de conquista; la dura realidad de la conquista, alimentando sueños para negarlos siempre, hace posible el desengaño cervantino: *Amadís* y *Don Quijote* son dos relatos de ficción y dos caras de la realidad histórica³⁵.

4. EL DESCUBRIMIENTO Y LA UTOPIA

Los libros de caballería, con la ideología peculiar que conlleva su tradición artúrica, y los nuevos y exóticos espacios del Descubrimiento constituyen un campo perfectamente abonado que permite germinar la flor de la utopía. Y ella fue el motor de la Conquista.

El Paraíso terrenal, lindando con el Dorado y las Amazonas, expresa el nuevo sueño utópico del conquistador. Conquistando el jardín del Edén recupera para la Cristiandad el segundo espacio mítico por excelencia. El primero era Jerusalén, lugar del nacimiento y muerte de Cristo, cuya reconquista da sentido a las cruzadas de los últimos siglos medievales. Ambos espacios estaban unidos por el árbol de la cruz; según la tradición medieval la cruz del Calvario procedía de un árbol del Paraíso³⁶. Incluso, la búsqueda del Santo Graal se relaciona con la del Paraíso. El conquistador del siglo XVI, al recuperar el espacio sagrado, hace realidad una doble utopía, sobrenatural y humana, a la vez. Nuestros conquistadores no buscan sólo la gloria eterna, sino también el paraíso terrestre. Es decir, el cielo en la tierra: la utopía moderna.

Un marinero portugués del XV, que conocía la obra de Tomás Moro, des-

³⁵ Esta contraposición que señalamos (*libros de caballerías/Don Quijote*) fue sentida como tal desde la aparición de la obra cervantina. En 1611, Sebastián Vizcaíno visita, como embajador del virrey de la Nueva España, el Japón, escribiendo en su *Relación del viaje*: «según se va haciendo y viendo cosas así de edificios como de gentes y otras cosas, que me parece se puede dar algún crédito a los libros antiguos de caballerías y a sus grandezas y encantamientos, y decir al que compuso a Don Quijote que no tuvo razón, (...)». Cit. por J. Gil, o. c., p. 47. Curiosamente de la misma manera que el *Amadís* se difundió rápidamente por América, el *Quijote* lo hacía el año mismo de su primera edición gozando de tanto éxito que en las siguientes fiestas, año 1607, de una pequeña comunidad andina tuvo lugar una presentación en la plaza del pueblo de Don Quijote y Sancho, acompañados de los personajes más importantes de la primera parte de la novela; nuestro caballero no dejó de correr lanzas y su escudero de echar coplas que el cronista no refiere por pudor. Cf. cap. XIX y XX: «Don Quijote invade las Indias españolas» y «Don Quijote en la tierra de los Incas» en I. A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, 1979, pp. 265-299.

³⁶ Uno de los primeros descubrimientos que se intentan llevar a cabo es el de las minas del rey Salomón que permitirían financiar la reconquista de los santos lugares y restaurarlos en su primitivo esplendor. Cf. J. Gil, o. c., pp. 50-52.

cuprió Utopía³⁷. El mundo feliz se encontraba siempre más allá, en el horizonte por descubrir, en este mundo y en un espacio al que se puede llegar. En este sentido es un paraíso secularizado, una utopía en sentido moderno, que se ha definido como «paraíso-en-la-tierra hecho por el hombre, una especie de usurpación de la omnipotencia divina»³⁸.

Simultáneamente a la conquista de la parte occidental del Continente, llegaba una tribu guaraní que se había desplazado del extremo occidental atravesándolo por su parte más ancha en busca del «país-sin-mal», un paraíso en donde pueden satisfacer sus necesidades y gustos sin esfuerzos ni penalidades, con ausencia de enfermedades y viviendo en perenne juventud, en una especie de mito de la Edad de Oro. Estos indios brasiles, al entrar en contacto con los españoles, inflamaron más la imaginación y la decisión de la expedición en busca del Dorado que inició Pedro de Ursúa por el Amazonas, aunque el encuentro de ambos grupos ha permitido también señalar la distancia entre las dos formas de utopía³⁹.

La amplitud de los nuevos horizontes del Descubrimiento favoreció el desarrollo de una utopía *espacial*, sobre la utopía *temporal*, milenarista y joaquínista del «mundo que ha de venir». Cuando pasado el siglo XVIII sea conocida la geografía del planeta y no se encuentre en ella el lugar del Paraíso, de nuevo rebrotará la utopía temporal; se temporalizará el «más allá» utópico, secularizándose el reino del Espíritu Santo de Joaquín de Fiore en el tercer estado de Augusto Comte, la fase comunista del socialismo de Marx o la Noosfera de Teilhard de Chardin.

La conquista de América es la representación de la mayor exaltación de la utopía espacial de Occidente. Con el Paraíso de Colón, el Dorado y el país de las Amazonas asistimos a un rápido proceso de secularización. El ideal utópico pasará de los libros de caballería al ensayo, al tratado filosófico, al cuerpo sistemático de doctrinas sociales y políticas. Una utopía, a la vez medieval y moderna, tan rica y sorprendentemente fecunda, que consigue introducir definitivamente en la conciencia del hombre occidental que la ilusión y lo ideal pueden encontrarse o hacerse realidad.

³⁷ El hecho de que Tomás Moro coloque Utopía en el mundo que se acababa de descubrir y el marinero la descubra, expresa significativamente este viaje, de la ficción a la realidad y de la realidad a la ficción, que caracteriza la utopía de los conquistadores.

³⁸ F. E. Manuel-F. P. Manuel, *El pensamiento utópico en el mundo occidental. I. Antecedentes y nacimiento de la utopía (hasta el siglo XVI)*. Madrid, 1984, p. 161.

³⁹ M. Eliade, «Paraíso y Utopía: Geografía Mítica y Escatología» en *Utopías y Pensamiento Utópico* (com. de F. E. Manuel), Madrid, 1982, p. 324.

